

1550. Ochenta damas y un buen puñado de marinos quieren llegar a las Indias.
Ni los piratas, ni la peste, ni las penalidades pudieron con su determinación.

EL CORAZÓN DEL OCÉANO

ELVIRA MENÉNDEZ

Una novela sobre la primera expedición de mujeres al Nuevo Mundo



Elvira Menéndez

EL CORAZÓN
DEL OCÉANO

temas de hoy. TH NOVELA

Primera edición: febrero de 2010
Segunda impresión: abril de 2010
Tercera impresión: febrero de 2014

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Elvira Menéndez González, 2010

© Diego Carrillo González, 2010, por el diseño de las guardas

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2010

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-8460-828-8

Depósito legal: M. 3.244-2014

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impreso en Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain—Impreso en España

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El Mundo Viejo

17

I

La huida

19

II

Monasterio de Caaveiro

29

III

Una propuesta sorprendente

37

IV

La misión

47

V

La decisión

51

VI

Salamanca

53

VII
Colegio Mayor
83

VIII
El caballero imaginario
99

IX
Lunes de aguas
109

X
La Vía de la Plata
117

XI
De Salamanca a Sevilla
123

XII
El puerto de las Indias
127

XIII
Una nueva vida
133

XIV
Triana
143

XV
Sevilla, Babilonia de España

151

XVI
Diversiones y problemas

165

XVII
La casa del Adelantado

173

XVIII
Retraso

177

XIX
La arriada

183

XX
En febrero, ya tiene flor el almendro

191

XXI
El Consejo de Indias

197

XXII
Argucias de madre

207

XXIII
El Compás de la Laguna
213

SEGUNDA PARTE
La travesía de la mar oceána
227

I
La carga
229

II
Embarque de damas
235

III
Relatos de Indias
263

IV
Las Islas Afortunadas
271

V
La tempestad
281

VI
África
291

VII
Piratas
303

VIII
El poblado
317

IX
Amarga fiesta
329

X
Peste del mar
333

TERCERA PARTE

El Nuevo Mundo

341

I
La isla de Santa Catalina
343

II
Mbiazá
357

III
San Francisco
371

IV
Capitanía de San Vicente
377

V
El desencuentro
395

VI
Otros destinos
403

VII
La hacienda de San Vicente
415

VIII
Una visita inesperada
425

IX
De nuevo en Santos
445

X
El amigo alemán
455

XI
Maniobra osada
461

XII

Por fin, noticias

475

XIII

El *Entrudo*

485

XIV

Miércoles de Ceniza

503

XV

Amar y saber, todo no puede ser

515

XVI

Día de bodorrio, ponte el completorio

525

XVII

Regreso a San Francisco

531

XVIII

Cuatrocientas leguas de selva

541

XIX

La muy noble y leal ciudad de
Nuestra Señora Santa María de la Asunción

563

XX

Al médico, pagarlo y creerlo

579

Epílogo

597

Relación de personajes históricos

599

Agradecimientos

605

I

LA HUIDA

Pontedeume, Reino de Galicia, España. Víspera de San Juan del Año del Señor de 1547

Un rayo de sol solía despertarlo por la mañana, y Alonso se entretenía atrapando las diminutas partículas que flotaban en él.

«Esas motas que se mecen en la luz son duendes, *nenos, duendes del polvo*, por eso cuesta tanto cogerlos», le había dicho su abuela la primera vez que lo sorprendió manoteando en el aire.

Hacía años que había dejado de creer en duendes, incluso desde antes de morir su abuela, pero seguía fascinado por las motas que pululaban en los rayos de sol. Sin embargo, esa mañana la luz era plomiza, tan espesa que parecía humo, y los *duendes del polvo* se habían vuelto invisibles.

—¿Estás despierto? Pues levántate, hijo, que hemos de irnos.

—¿Adónde?

—Al monasterio de Caaveiro, a hablar con el prior.

Alonso se acercó a la chimenea donde María, su madre, arrodillada en el suelo de granito, trataba de encender una piña. Cuando sopló para avivar la llama, la luz mortecina iluminó su rostro y

el muchacho se sobrecogió al ver lo desmejorada que estaba: las ojeras le invadían las mejillas y su tez era cerúlea. Parecía una anciana, aunque aún no había cumplido los veintisiete años.

—¿No habéis dormido bien, madre?

—He tenido calentura.

—¿Qué es eso tan urgente que tenemos que hablar con el prior?

—Ya te enterarás. —Acarició con ternura los rubios cabellos de su hijo—. Anda, sal a asearte mientras yo caliento el caldo. ¡Apura!

Alonso vio que unos hilillos de niebla se colaban por las rendijas de la pared de pizarra y se hizo el propósito de taponarlas con barro en cuanto regresasen del monasterio.

Junto a la entrada de la casa había un lavadero de piedra provisto de un ingenioso caño, que su madre había fabricado con corteza de árbol, para traer el agua desde un manantial cercano. Sobre la pila remoloneaba un resto de niebla perezosa y, a través de ella, vio que en el agua flotaban flores de San Juan, menta, hierbaluisa, lavanda, romero...

—¿Habéis puesto vos estas hierbas a remojo, madre?

María se asomó y asintió con una sonrisa.

—Sí, para que te laves con agua de flores, como es costumbre en el...

—¿Mañana es el día de San Juan...?

—Sí, y tu cumpleaños.

—No me acordaba. ¿Es esta noche cuando encienden las luminarias?

—Sí.

—¡Bien!

Se subió al bordillo de la pila de un salto.

María sonrió complacida por la vitalidad de su hijo. Era delgado, pero fuerte y sano. Había sido un milagro que su madre y ella hubieran logrado sacarlo adelante. Cuando lo parió, ella también

tenía trece años y consideró su nacimiento una terrible desgracia: ningún mozo querría casarse con una muchacha deshonrada que tenía un hijo. Y ningún convento la admitiría sin dote. Ahora, trece años después, pensaba que Alonso era lo mejor que le había pasado en su desdichada y corta vida. Pues sospechaba que no le quedaba mucho. Hacía un año que le dolía el pecho, cada vez le costaba más respirar y las fuerzas la abandonaban de día en día. Algunas tareas cotidianas, como llenar la *sella* de agua o cavar la tierra, se habían convertido en una tortura. Además, por la noche tenía calenturas y eso era mala señal. Estaba resignada. Algunas amigas de su edad ya se habían reunido con el Señor y quizá era hora de que también ella descansara. Si no fuera por Alonso... Tenía que ponerlo a salvo como fuera.

—Esta noche los condes de Andrade encenderán una hoguera en el patio del palacio.

—¡No irás!

—Pero, madre..., en las hogueras de San Juan se quema lo viejo y lo malo; la abuela decía que saltarlas trae buena suerte.

—Alonso, no insistas.

El muchacho la miró desconcertado. No entendía por qué no le dejaba ir.

—El año pasado el conde me dio ¡un real! por limpiar el patio después de la fiesta.

—No nos hace falta su dinero. Cuando se acabe el grano...

—Lo sé: ¡iremos a mariscar! ¡Pero da gusto comer otra cosa de vez en cuando!

María se mordió los labios hasta hacerse daño. Se sentía responsable de no ofrecerle a su hijo otra cosa que almejas, percebes, mejillones, centollos, langostas... y otros animales inmundos de las rocas que solo comían los desheredados. Respiró profundamente y, más calmada, dijo:

—Alonso, tengo algo que contarte. Ya eres mayor...

—... y no queréis que durante la noche de San Juan ande solo por el monte, ¿verdad?

—¿A qué te refieres...?

—La abuela decía que la noche de San Juan es mágica y los mancebos corremos el peligro de que nos seduzcan las moras encantadas —al ver la mirada de extrañeza de su madre, explicó—: Las moras encantadas son unas hadas que guardan tesoros y peinan sus cabellos de oro junto a los manantiales.

—Esos son cuentos de viejas, hijo.

—Lo sé, pero me gustan.

—Voy a contarte algo verdadero, que sucedió hace mucho tiempo: los campesinos y los villanos de estas tierras se rebelaron contra los señores y llegaron a gobernar Galicia durante dos años.

—¿Os referís a la revuelta de los *irmandiños*? ¿Es por los rumores que corren de una nueva sublevación por lo que no queréis que vaya al castillo, madre?

—Así es.

—La abuela no quería hablar de los *irmandiños*.

—Nuestra familia estuvo implicada en la revuelta. Su abuelo, es decir, tu tatarabuelo, Alonso de Lanzós, fue el jefe de los rebeldes aquí, en Pontedeume.

Alonso abrió los ojos, incapaz de creer que por sus venas corriera sangre de aquel héroe legendario.

—¿El que venció a los condes de Andrade?

—Sí.

—Nunca me dijisteis que yo fuera descendiente suyo.

—Te pusimos su nombre.

—¿Es verdad que hizo prisioneros a los mismísimos condes?

—Sí, pero consiguieron fugarse, se dice que por un túnel que comunicaba su castillo del monte con su palacio de Pontedeume. Pidieron refuerzos y lograron recuperar el poder —la emoción

empañaba su voz y carraspeó para recuperar el tono—. Al final, la sublevación fracasó. Alonso de Lanzós, tu tatarabuelo, fue hecho prisionero por los Andrade. Lo encerraron, junto a los demás jefes *irmandiños*, en una mazmorra del mismo castillo que él había rendido. Lo tuvieron cien días sin ver la luz. Finalmente, le amputaron la mano derecha y lo emparedaron vivo, de pie, hasta que murió. Y ahí se acabó todo... Fue una guerra contra los poderosos; no podía ganarse —suspiró con amargura—. Aunque no es de eso de lo que quiero hablarte, Alonso, sino de algo que nos incumbe más...

Unos arbustos se movieron junto a la ribera y María se envaró.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó demudada.

—Es el viento que mece las plantas, madre.

—Me pareció ver una sombra.

—Habrá sido una raposa.

Vivían a una legua de la villa y era raro que alguien se internase por aquella zona tan agreste.

—Ve a ver —insistió.

Un ataque de tos nerviosa la obligó a apoyarse en la pared.

Alonso se acercó con desgana a la ribera. La bruma que entraba desde el mar se acumulaba sobre las aguas de la ría formando picos de niebla que amenazaban con tragarse el puente que unía las orillas del Eume y que había acabado por dar nombre a la villa: «A Ponte do Eume» o «Pontedeume».

—¿No ves a nadie?

—No, madre.

—¿Y en el camino?

—Tampoco.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Pues entra a desayunar y echa el cerrojo, por si acaso.

Alonso obedeció, aunque no acababa de entender a qué venía tanta precaución.

María puso delante de su hijo una taza en la que flotaban unas cuantas hojas de berza y comenzó a desmigalar en el caldo un men-drugo de pan de mijo.

—¿Vos no vais a comer, madre?

—No tengo hambre.

Parecía muy preocupada y Alonso supuso que se debía a que les quedaba poco grano.

—¿Ya no queda mijo?

—Queda, no te preocupes.

—Mañana cumpliré trece años; ya soy un hombre.

—Lo sé —dijo ella, conmovida por su ingenuidad.

—Tengo edad para ser admitido en el ejército, me alistaré en las mesnadas del conde para guerrear en Europa y regresaré con dinero.

—¿De saquear a desgraciados como nosotros? —masculló tan bajo que su hijo no pudo oírla—. No vas a enrolarte en ninguna guerra, ¿lo entiendes? —le dijo en voz alta—. Quiero que el padre Xoán me ayude a explicarte algo que...

Se interrumpió al oír unas pisadas rápidas, como de gente que se acercaba corriendo. Siguieron unos recios golpes en la puerta, mezclados con el silbido de varias espadas al salir de sus vainas.

Alonso se sobresaltó. Su madre estaba aterrorizada.

—¡Abrid! —gritó una voz ronca, aguardentosa, al otro lado de la puerta.

María tapó la boca de su hijo para que no respondiera.

—¡Voto al diablo! ¡Abrid de una vez! —insistió la misma voz, aunque esta vez coreada por murmullos y risas.

—¿Quiénes son? —susurró Alonso.

—Sal por la cuadra y corre hasta el monasterio —masculló su madre—. Yo los entretendré.

—¡Abrid si no queréis que os hagamos chicharrones! —insistió la voz ronca.

—¿Qué quieren, madre?

—¡Vete, Alonso! ¡Deprisa!

Los golpes arreciaron.

—¡Voto al diablo! ¡Si no abris, os quemaremos vivos!

—No me iré sin vos, madre.

—¡Es a ti a quien buscan! ¡Quieren matarte!

—¿Por qué?

Sin contestarle, lo empujó hasta el pasadizo que comunicaba la casa con el corral. Abrió la puertezuela y le dijo:

—¡Huye antes de que te corten el paso! ¡Deprisa!

El corredor era tan estrecho que tuvo que apartar un par de gallinas para poder llegar al corral. Lo atravesó de puntillas, tratando de hacer el menor ruido posible, pero, al quitar el cerrojo del corral, alguien que vigilaba al otro lado de la portezuela gritó:

—¡Eh! ¡Venid, que se escapan por la cuadra!

Una lluvia de flechas se clavó en la delgada puerta de madera y alguna la atravesó, aunque sin alcanzarle.

—¡Vuelve a la casa, hijo! —le urgió María.

Alonso hizo el camino de vuelta tan deprisa que se dejó jirones de ropa en el angosto pasadizo. Una vez dentro, María puso la tranca en la portezuela para que sus perseguidores no pudieran entrar.

Comenzaron a oírse hachazos en la entrada principal.

—¡Intentan derribar la puerta! —gimió Alonso, despavorido. El pánico que aquellos esbirros habían provocado en su madre le pareció exagerado. Ahora, el aterrorizado era él.

—Tranquilo, *fillo*, que la puerta es gruesa y aguantará un rato —replicó María con un temple que asombró a su hijo. Se arrodilló y comenzó a buscar dentro del arcón que había a los pies de su cama.

Alonso oyó silbidos de flechas, seguidos de los chasquidos que hacían al clavarse sobre el techo de paja. Poco después, se extendió un tufillo a humo.

—¡Disparan flechas de fuego al techado, madre! ¡Quieren quemar la casa!

La cubierta ardía a una velocidad endiablada y Alonso iba de un lado para otro tratando de apagar a pisotones las pajas llameantes que caían del techo. María, ajena al peligro, seguía buscando en el arcón.

—Aquí están —dijo al fin, sacando dos velas.

La techumbre crepitó y una lluvia de briznas ardientes cayó sobre ellos.

—¡Nos van a quemar vivos! ¡Debemos salir de aquí cuanto antes, madre!

—Entonces sí que nos matarían. Ten calma, *fillo*.

Tres minutos después, caían del techado ascuas y trozos de ramas encendidas. Madre e hijo se sacudieron las ropas para evitar que ardieran.

Un fuerte crujido atrajo la atención de Alonso.

—¡Las vigas se han prendido! ¡Se nos va a caer el techo encima! —Al gritar, fuera de sí, inhaló tanto humo, que comenzó a toser.

—Cuidate del humo, que es más dañino que el fuego, Alonso —decía la madre entre toses—. Coge las mantas de la cama y ayúdame a mojarlas.

—¡Vamos a morir abrasados, madre!

—Las mantas mojadas nos protegerán. ¡Inclina la *sella*!

Alonso estaba paralizado por el terror y María empapó las mantas ella misma con agua de la *sella*. Puso una sobre la cabeza de su hijo y se echó la otra encima.

—¡Agáchate y sígueme, que a ras de suelo hay menos humo!

Entre toses, se arrastró hasta la chimenea. Apartó las ascuas con ayuda del rastrillo y tiró de un adoquín de la pared.

Para sorpresa de Alonso, la losa de granito se deslizó hacia el fondo de la chimenea y dejó al descubierto unos escalones que se hundían en las tinieblas.

María encendió una vela en las ascuas y la puso en manos de su hijo.

—Baja... Al final de esas escaleras hay un pasadizo que sale al bosque a unas cien varas* de la casa. —La tos le impedía hablar con fluidez—. Corre al monasterio de Caaveiro y pídele ayuda al padre Xoán.

—¿Y vos?

—No me esperes; ¡corre, por amor de Dios!

Empujó a su hijo escaleras abajo. Antes de seguirlo, prendió fuego a los jergones y dejó tizones encendidos sobre los escasos muebles que había en la casa, para que ardiesen.

Una vez dentro del pasadizo, tras bajar el primer tramo de escalones, María accionó una palanca. Con un ruido sordo y quejumbroso, la losa de granito volvió lentamente a su sitio. María sonrió. Sus perseguidores nunca entenderían cómo habían logrado escapar. Lo atribuirían a la magia, pues no en vano tanto su difunta madre como ella tenían fama de ser un poco brujas o *meigas*, como se decía en aquellas tierras. O aún mejor, creerían que habían sido consumidos por las llamas. El conde, que no era tan supersticioso e ignorante como sus esbirros, encontraría más lógica esta explicación.

Echó a andar arrastrando los zuecos por el pasadizo. No podía correr. Cada vez que lo intentaba, sentía un dolor agudo en el

* *Vara*: medida de longitud que se usaba en distintas regiones de España con valores diferentes, que oscilaban entre 75 y 92 cm. La vara castellana o de Burgos, la más extendida, medía 83,59 cm.

pecho, como si le clavasen un puñal. Después de cada inspiración, temía no ser capaz de hacer la siguiente.

Alonso había desobedecido su orden de escapar y la esperaba a la salida del túnel, escondido bajo unos helechos.

María le indicó por señas que guardara silencio y se incorporó por encima de la vegetación para mirar. La casa crepitaba envuelta en llamas y una docena de hombres esperaban, entre bromas y risotadas, a que salieran chamuscados.

La niebla y el humo hacían el aire irrespirable. María se tapó la boca con la saya para ahogar el sonido de sus toses.

—Vámonos antes de que se apague el fuego.

Madre e hijo se arrastraron bajo los helechos, hasta que la niebla protectora los engulló.